

LA INSURRECTA

GUILLERMO BARBA

LA INSURRECTA

m̄r

© 2020, Guillermo Barba

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2020
ISBN: 978-607-07-7103-3

Primera edición impresa en México: agosto de 2020
ISBN: 978-607-07-7102-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

SOMBRAS ACIAGAS

Septiembre de 1810

La sobresaltó el ruido de un par de caballos a pleno galope, perseguidos por los nerviosos ladridos de perros callejeros. Aguzó el oído y le pareció que los sonidos se habían detenido a escasa distancia. «Quizá una cuadra o dos; no más», calculó. Se alarmó: en el pueblo de Dolores la vida transcurría con perezosa tranquilidad y las noches resultaban profundamente sosegadas, apenas interrumpidas por la voz del sereno que pocos minutos antes había pregonado: «¡Las doce y todo sereno!».

Miró a un lado de su cama: Mariano dormía plácidamente cubierto con la cobija hasta el mentón y recostado de perfil con los pies encogidos cual infante. Desde semanas atrás Manuela no podía conciliar el sueño; el levantamiento debería suceder a finales de mes, según le había comentado su esposo, y su corazón se debatía entre la zozobra y la gloria.

Escuchó un correteo; abandonó con sigilo la cama para asomarse a la ventana y espiar por un resquicio de la cortina: don Vicente Lobo, el sereno, corría con linterna en mano, al parecer rumbo a donde se habían dirigido los caballos. Salió de la alcoba y fue de puntillas al corredor que rodeaba el rectangular patio de la casona, bajó por la escalinata y se dirigió al segundo patio, donde se encontraban las habitaciones de los criados; tocó levemente la puerta de Remigio para no despertar a los demás, sobre todo a Rafaelito y a su suegra, quien acostumbraba espantarse incluso de su sombra. Tras repetir la operación varias veces, por fin apareció

el moreno y fornido hombre, fajándose la camisa y con rostro de cordero adormilado.

—¡Señorita! —Remigio se sorprendió de ver a su ama en la puerta—. ¿Qué sucede?

—Baja la voz, no alborotemos a nadie.

—¿En qué puedo servirle?

—Perdona que te despierte a estas horas, pero algo extraño sucede; escuché caballos a galope rumbo a la casa del cura Hidalgo. Por favor, sal y averigua de qué se trata; tengo una mala corazonada.

El hombre obedeció y, embozándose con un gastado sarape, salió a la calle. Manuela permaneció sentada en las escaleras, con la ansiedad mordándole el estómago. En un impulso irrefrenable subió hasta la habitación de Rafaelito, entreabrió la puerta y lo vio dormir plácidamente. «Ay, mi nene», dijo para sí, «¿qué será de nosotros en esta aventura?».

Remigio avanzaba refunfuñando; una pertinaz llovizna había dejado charcos y lodazales en las mal empedradas calles y la gélida humedad del ambiente se le colaba en los huesos. No acostumbraba rezongar frente a su ama, pero, eso sí, nomás le daba la espalda ya estaba protestando en voz baja; parecía el loco del pueblo hablando consigo mismo.

Al pasar por la parroquia se santiguó tres veces; dejó atrás la casa de gobierno, cruzó los portales de la plaza y desembocó en una calle con casas de blancas fachadas de cal. A una cuadra de distancia distinguió a dos personas que entraban a la construcción ubicada en la esquina. «Debe de ser una más de las fiestas del cura Miguel», pensó, fastidiado. «Dios me perdone, pero este santo señor nomás escucha música y se le mueven los pies, tanto argüende del ama Manuela para nada».

Decidió regresar, pero, a punto de dar el primer paso, entendió que algo no concordaba con sus reflexiones: no se escuchaba música alguna, barullo de gente ni señales de fiesta. «¡Ah, carajo! ¿Se habrá enfermado el padre Miguel? Dios no lo quiera». Aligeró el paso y al llegar a la casa del curato descubrió luces encendidas en

las ventanas, aunque, cosa extraña, el interior se hallaba envuelto en un inusual silencio.

En el portón se encontraba Mateo, el mozo y cochero del cura, recargado en el resquicio, con gesto de preocupación. Nomás de verlo le picó la curiosidad, así que se acercó saludando cordialmente.

—Hola, primo, ¿otra vez de fiesta?

—Ya me iba a dormir —contestó el otro, receloso y con ánimos de terminar la conversación que ni siquiera había comenzado—. Y tú, ¿qué andas haciendo a estas horas de la noche, no deberías estar en tu cama?

—No, pues me despertó una escandalera de cascos y pensé que habría fiesta, así que vine a echarme un *taco de ojo*. «Seguro habrá señoritas de buen ver», me dije.

—Pues ya te diste cuenta: no hay tertulia, ni fiesta, ni nada —le dijo tajante—. Buenas noches.

Iba a cerrar el portón cuando se escuchó una voz airada proveniente del interior.

—Como lo oyes, Ignacio, nos han delatado, pero eso no debe significar el final de nuestros planes; todo lo contrario: ¡deberá ser el comienzo!

Mateo intentó cerrar de inmediato el portón, pero Remigio se lo impidió, colocando un pie debajo del tablón.

—Don Miguel —se escuchó ahora otra voz, queriendo apaciguar los enardecidos ánimos—, ya habíamos acordado que de ser descubiertos huiríamos a los Estados Unidos.

—¡Compréndalo! —habló un tercero, casi gritando—. No podemos levantarnos sin tropas bien entrenadas y disciplinadas. Si Querétaro ha caído en desgracia, ahora tan solo contamos con el regimiento de San Miguel.

—¡Caballeros, el momento exige serenidad! El pueblo nos respaldará y la Virgen de Guadalupe habrá de protegernos, no tengo duda alguna.

Las voces continuaban, cada vez más airadas y malsonantes. Remigio escuchaba con expresión de espanto en los ojos, aunque no alcanzaba a entender el asunto. Su primo se había quedado petrificado; le había atrapado en la mentira y ahora un figón in-

discreto lo ponía en peligro. Salió del sopor y empujó a Remigio con el brazo, haciendo que trastrabillara y cayera a tierra. Fue hasta él y lo amenazó con el puño en alto:

—Ni se te ocurra comentar lo que escuchaste porque te muelo a golpes, te lo juro. Si sueltas la lengua el señor cura me mandará al infierno, ¿entendido? ¡Lárgate ya!

Aterrado y a trompicones, Remigio puso pies en fuga sin importarle pisar charcos ni fango. No entendía de qué se trataba aquel embrollo, pero algo le decía que era asunto importante y malicioso.

Manuela retorció nerviosamente las puntas de su rebozo cuando Remigio entró a las carreras y jadeando. De inmediato se puso de pie, con urgencia, y como si algún asaltante pudiese entrar a la casa ayudó al mozo a atrancar la puerta con un grueso madero.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó en medio de la manobra.

—Ay, señorita, no sé bien qué escuché, pero de seguro algo raro acontece. Mi primo Mateo no me quiso informar nada... pero oí al cura Hidalgo decir que los habían delatado y que no debían amilanarse, que habrían de seguir adelante con sus planes, así mismo lo dijo...

Manuela sintió que el pecho se le estrechaba y le impedía respirar. Tambaleándose, logró tomar asiento en un tosco banquillo y se llevó las manos al rostro; un mareo le obnubilaba la vista y su frente comenzaba a perlarse con fríos sudores: la conspiración había sido descubierta y ahora su marido corría peligro. Comenzó a respirar con bocanadas profundas para intentar apaciguar el malestar del cuerpo.

—¿Se siente mal, señorita?... ¿Le traigo algún remedio de botica?

—Nada, Remigio, no me dejes, es un mareo pasajero... Continúa, ¿qué más escuchaste?

—El capitán Aldama, ya sabe, el amigo de don Ignacio, dijo que debían tomar camino para el norte, a los Estados Unidos. Y luego el capitán Allende, creo que era él si no me engaño, dijo

muy enojado que, sin contar con un ejército bien ordenado y armado, no podrían levantarse... Ah, y que los de Querétaro habían caído en desgracia...

Manuela se santiguó mirando al cielo y tomó en la mano el crucifijo que colgaba de su pecho. Quisiera que el Todopoderoso los protegiera, que aquello fuese mentira. Temió por Mariano, por su hijo, por su suegra, por ella misma. Pero en ese instante supo que debía ser fuerte, los tiempos no permitían debilidades ni indecisiones.

Remigio, al mirar a su patrona, la imitó postrándose de rodillas, haciendo rápidamente la señal de la cruz sobre cara y pecho, como si deseara alejar una terrible maldición.

—Ay, señorita, no entiendo de qué conversaban, pero no me da buena espina; siento que alguna maleficencia va a acontecer. Dígame usted, ¿debo rezar a la Virgencita para que nos proteja?

Manuela lo miró, conmovida, y se puso de pie apoyándose en su hombro, que al mismo tiempo acarició con sincero afecto.

—Sí, Remigio, por favor reza a la Virgen de Guadalupe y a la de Dolores para que nos protejan. Acuéstate, intenta dormir... y por favor no comentes a nadie lo que escuchaste.

Subió la escalinata, sumergida en las marañas de sus pensamientos y musitando plegarias incompletas: «Por favor, Dios mío... por favor». Se detuvo ante la puerta y se recargó en la pared, mareada, aturdida, intentando recuperar la calma, alejar los malos presentimientos y predisponerse con pensamientos positivos. Si el cura convencía a los capitanes de proseguir con la insurrección, el triunfo sería rápido y pacífico, de no levantarse huirían a Estados Unidos. No había forma de saber qué sucedería; lo único que les quedaba era esperar.

Entró a la habitación; descubrió a Mariano soñoliento y con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sucede...? —masculló bostezando, sin apartar la cabeza de la almohada.

—Nada, hijito —contestó con dulzura, escondiendo las manos para que no observase el temblor que la sacudía—; escuché ladrar a los perros y bajé a ver si algo se ofrecía.

—¿Por qué ladraban?

—Vaya a saber Dios, a veces ladran nada más porque sí...

—O por las ánimas que vagan quejumbrosas en las noches de malos augurios —bromeó Mariano.

Manuela fingió sonreír.

—Qué patrañas se te ocurren... ya duerme. —Lo besó cariñosamente en la mejilla y cuando su amado hijo cerró los ojos, lo cubrió con la cobija.

Se recostó y tiritó, mas no de frío: la angustia la invadía consumiéndole cada palmo del cuerpo. Su cabeza era un remolino de pensamientos y su alma un aquelarre de emociones. ¿No sería más sensato despertar a Mariano y huir en ese mismo instante? Si la conspiración había sido descubierta, ¿su esposo estaría incluido entre los delatados o solamente fueron denunciados los cabecillas? En caso de escapar a causa de la denuncia quedarían desprotegidos y las autoridades virreinales podrían aprehender a Mariano, Dios no lo quisiera, y hasta fusilarlo. Si, por el contrario, su nombre no era mencionado y por lo tanto la justicia no andaba tras sus pasos, fugarse sería tanto como declararse culpables. ¿Resultaría más inteligente tomar rumbo a Estados Unidos tan pronto despuntara el alba, tal como los conspiradores habían planeado en sus reuniones? ¿Sería prudente esperar? ¿Vendrían ya los militares del gobierno a aprehenderlos? ¿Cómo actuaría el cura Hidalgo?

Con la mente revuelta como enjambre de avispas, sus pensamientos vagaban sin descansar en solución alguna. «¡Dios mío, ilumíname...! ¡Virgen santa, protege a Mariano...! ¡Castígame, pero salvaguarda al padre de mi hijo!».

Decidió no informar a Mariano; era preferible mantenerlo al margen y ya en la mañana, una vez que conocieran a cabalidad los acontecimientos, tomar una decisión prudente.

NOCHE ARREMOLINADA

El cura Miguel Hidalgo ya estaba al tanto de algunos rumores que mencionaban una conspiración, en la cual se hallaban implicados varios militares. No quiso darlos por válidos ya que día a día corría ese tipo de chismes; los tiempos eran convulsos y la gente creía descubrir insurrecciones hasta por debajo de las piedras. No obstante, dos días antes había enviado un mensaje a Ignacio Allende para que acudiera a Dolores, con la intención de repasar entre ellos los planes preestablecidos, discutir sobre la posibilidad de adelantar el levantamiento y consensuar un plan alternativo.

Allende había arribado al pueblo la tarde del viernes 14 de septiembre y, como era costumbre, se alojó en la casa del cura. Tras cenar unas enchiladas potosinas, la especialidad de las hermanas del cura, ambos se recluyeron en el gabinete, donde el sacerdote realizaba sus labores administrativas, para charlar mientras tomaban chocolate con leche y bizcochos.

—Deben de ser habladurías sin sustento —dijo Hidalgo mientras endulzaba su chocolate con terrones de piloncillo—; ya son tres rumores que escucho en tan solo dos semanas, y de seguro este será tan falso como los anteriores. Es más, las personas que lo propagan no mencionan con certeza nombre alguno.

—Es posible, don Miguel, pero es de sabios entender que «cuando el río suena, es que agua lleva» —opinó Ignacio, alisándose las pobladas patillas—; el día menos pensado será una delación real, por lo cual debemos precaver cualquier eventualidad, quiera Dios que no suceda.

—Por eso mismo he solicitado que vinieras —explicó, clavando sus verdes y penetrantes ojos en Ignacio—. Necesitamos repasar el plan y adelantar la fecha. En Querétaro es donde puede haber mayores peligros; son muchos los apalabrados y, si uno solo se arrepiente, estaremos perdidos...

—Estoy de acuerdo: es imprescindible organizarnos sin contar con ellos. Si nada perturba nuestros planes, el día del levantamiento será durante las fiestas parroquiales de San Miguel, de otra forma... solo Dios sabe.

Tras una larga conversación acordaron reunirse con Juan Aldama y, en conjunto, crear un plan alternativo. Mientras tanto, Hidalgo lo conminó a permanecer alerta e intentar averiguar el alcance de los rumores.

El sábado por la mañana lo dedicaron a revisar las armas que Hidalgo tenía almacenadas en sus talleres de alfarería, lanzas en su mayoría, y fueron a la hacienda de Santa Bárbara a constatar el avance de los machetes que allá elaboraban. Por su parte, Ignacio inspeccionó las armas que se guardaban en el pequeño cuartel del pueblo: apenas dos docenas de fusiles, cinco pistolas, pólvora y municiones. «Si de verdad nos delatan», pensó preocupado, «nos tomarán absolutamente desarmados».

Utilizando la astucia que le había merecido el apodo de el Zorro, Hidalgo fue a jugar cartas la noche del sábado, como siempre, a casa de don Nicolás Fernández del Rincón, subdelegado de Dolores, quien no merecía sus afectos: si bien había nacido en América, profesaba ideas contrarias a la independencia. No pretendía pasar un rato de diversión; deseaba averiguar si los rumores habían alcanzado a otras personas del pueblo.

En una mesa ubicada en el sencillo comedor, decorado con policromados platos de cerámica elaborados en los talleres del cura, jugaban tresillo, juego de naipes que tanto gustaba a los europeos. La partida no le favorecía porque, más preocupado en obtener información, desatendía el juego. En la mesa se hallaban también doña Teresa, la rubicunda esposa de don Nicolás, muy dada a la

espontánea carcajada; don Ignacio Díez Cortina, gachupín recolector del diezmo, y doña Encarnación, su silenciosa, enjuta y abnegada mujer.

—Las noticias llegadas de España no son halagüeñas —dijo don Miguel, marcando un estudiado gesto de aflicción.

—Ni me lo recuerde, padre, los sucesos son alarmantes —agregó al instante don Ignacio con perfecta pronunciación de eses y ces, a la usanza de los nacidos en España—. Hoy hemos de olvidar pesares y preocupaciones; jugad sin temores, os lo suplico.

—Don Ignacio —comentó Hidalgo con una sonrisa maliciosa—, ¿cómo no preocuparnos?; el pueblo considera a las autoridades de Nueva España capaces de entregar el reino a los franceses, enemigos de nuestra santa religión, como ya sucedió en España.

—¡Eso jamás sucederá en estas tierras! —protestó don Nicolás levantando el dedo índice para acentuar su pronunciamiento—. Los nacidos en América somos fieles a Fernando VII... ¡Las tropas de Napoleón jamás pisarán Nueva España!

—Podría meter la mano al fuego por ustedes, hijos míos —dijo el cura sacando su cajilla de rapé y llevando un poco del polvo de tabaco a su nariz—, pero no ciertamente por las autoridades de la Ciudad de México. En Madrid los principales colaboradores de su majestad se han rendido ante Pepe Botella. ¿Quién asegura que acá no harán lo mismo? Por ello a diario se escuchan rumores de levantamientos.

—¡Paparruchas; que lo digo yo! —Manoteó el gachupín don Ignacio—. En lo personal no he oído rumor alguno; esas son comidillas de gente vulgar, chusma sin oficio ni beneficio.

Doña Encarnación colocó sobre la mesa el rey de bastos, carta que le daba el triunfo en la partida, y sin ocultar un tremendo placer agregó entre resoplidos y carcajadas:

—Mientras vosotros os perdéis en política, yo gano una y otra vez. Poned atención, el triunfo sencillo no causa placer.

La criada de la casa, una mestiza de cuerpo rechoncho y baja estatura, peinada con dos largas trenzas, apareció tras la puerta.

—Perdonen, sus mercedes, un mozo busca al cura Hidalgo.

Un mal presentimiento invadió al cura. Mantuvo la calma y, disculpándose con los anfitriones, se puso de pie para dirigirse al zaguán donde le esperaba Mateo, embozado en un sarape, ya que una persistente llovizna caía sobre el pueblo y sus cercanías.

—Padre, el capitán Allende pregunta que si debe esperarlo despierto.

—Regresa y dile que cene y me espere —ordenó, aliviado al constatar que no había malas noticias.

Retornó a la mesa sonriente y tranquilo.

—Un recado de mi hermana Vicenta —aclaró al sentarse campechanamente en la mesa—. Preguntaba que si debía prepararme algo para cenar cuando regrese.

—¡Santo cielo! —exclamó doña Teresa—. Como si en esta casa no asistiésemos a nuestros invitados. Ande, don Miguel, coma otro bizcocho; yo misma los he horneado.

Hidalgo ganó dos partidas y perdió las demás. Finalmente decidió retirarse, pero antes solicitó al colector de diezmos doscientos pesos prestados, para sufragar obras urgentes de la parroquia —mintió; deseaba saber dónde guardaba el dinero recaudado, por si fuera necesario—. El otro no tuvo empacho en dárselos, así que ambos pasaron un instante a su habitación, donde ocultaba las monedas en un cofre con candado de por medio.

Al recibir las monedas, don Miguel las abrazó sobre su pecho; sabía que necesitarían de todo el dinero disponible para encaminar sus planes. De solo pensarlo, un eléctrico escalofrío recorrió su nuca.

En su casa lo esperaba Allende, sentado en un equipal y fumando un cigarrillo.

—¿Te han dado de cenar mis niñas? —preguntó Hidalgo mientras tomaba asiento sobre el equipal ubicado frente a Ignacio.

—Sí, gracias —contestó amable, pero de inmediato soltó la pregunta que le aguijoneaba el alma—. ¿Pudo averiguar algo?

—Nada. Te lo dije, son meros rumores.

—Bendito sea Dios.

—Vamos a descansar. —Don Miguel bostezó mientras comenzaba a desabrocharse la sotana—. Mañana es la fiesta de la Virgen

de los Dolores y hemos de levantarnos antes del alba a los oficios y festejos.

No habían pasado dos horas cuando, a eso de la una de la madrugada, el resonar de caballos y un nervioso repiqueteo en el cristal despertaron a don Miguel, quien de inmediato abrió la ventana y descubrió a Juan Aldama e Ignacio Pérez afuera de su casa, con sus caballos visiblemente agotados; seguro habían acudido a galope continuo.

—Juan, ¿qué sucede? —profirió el cura en voz baja, intentando no despertar a los vecinos.

—Abra la puerta —susurró Aldama—. Soy portador de malas noticias.

No fue necesario agregar más: don Miguel encendió una lámpara, fue hasta el portón y dio paso a los caballeros, quienes ingresaron con todo y monturas para no despertar sospechas en la calle. El rostro de Juan Aldama se veía demacrado y en extremo nervioso, al igual que el de Ignacio Pérez, a quien bien conocía por ser alcaide de la prisión de Querétaro, ubicada debajo de los apartamentos del corregidor Miguel Domínguez y su esposa Josefa.

—¡Don Miguel, hemos sido delatados en Querétaro! ¡Estamos perdidos! —exclamó Aldama, vestido de levita y frac, como si viniera de una fiesta—. ¿Dónde está Ignacio?

—Duerme en la habitación de siempre, al fondo de la huerta.

—¡Voy por él! —se ofreció el alcaide Pérez y salió corriendo.

—Padre, estamos perdidos, debemos continuar con el plan y huir a Estados Unidos.

—Tranquilo, Juan, nada ganaremos con precipitaciones. Pensemos cabalmente antes de actuar.

—¿No ha escuchado? ¡No hay tiempo para nada; estamos perdidos!

Apareció Allende, desgañado, vestido de prisa, con los pies descalzos y la blanca camisa desfajada.

—¡Juan tiene razón: debemos huir a Estados Unidos en este mismo instante! —exclamó Allende visiblemente espantado, todavía aturdido por el abrupto despertar.

Hidalgo tomó asiento en uno de los equipales del corredor que circundaba la pequeña huerta. Al observar que sus hermanas esta-

ban despiertas y espían tras la ventana de su habitación, decidió llamarlas:

—Vicenta, Lupita —gritó—, háganme el favor de preparar chocolate; como se habrán percatado, tenemos invitados.

—¡Pero ¿qué hace, padre?, no hay tiempo que perder! —protestó de nuevo Aldama—. ¡Ya debe estar en camino alguna cuadrilla para arrestarnos!

—Usted mismo decidió que, de ser descubiertos, marcharíamos a Estados Unidos para continuar los planes allá —agregó Allende de inmediato.

—Sí, Ignacio, pero este momento exige serenidad. Huir ante el primer riesgo no es digno de personas honorables como ustedes, mucho menos de quienes pretenden libertar a la patria.

Los dos militares y el alcaide guardaron silencio, desconcertados.

—Señor Pérez, por favor explíqueme lo sucedido.

El alcaide procedió a narrar que en Querétaro habían sido delatados por un gachupín, Francisco Buera, quien había descubierto que en casa de Epigmenio González se guardaban armas de manera sospechosa. El corregidor Miguel Domínguez, intentando salvar la situación, había acudido a la casa de Epigmenio quizá para confundir a los inspectores, pero en el cateo encontraron las armas almacenadas y papeles que comprometían a varias personas más de la junta secreta.

—Válgame Dios, pobre Epigmenio —se lamentó el cura con auténtico pesar—. Hemos perdido a un hombre valeroso y progresista como pocos. ¿Y cómo te enteraste?

—Doña Josefa —continuó el alcaide—, a la que su esposo había dejado bajo llave para impedirle alguna imprudencia, pudo avisarme. Al referirme lo sucedido, aguardé el amanecer y fui a caballo a San Miguel; llegué comenzada la noche y encontré al capitán Aldama en un baile. De ahí vinimos a Dolores tan prestos como pudimos.

—¿Hoy por la mañana, cuando partiste, se encontraban libres don Miguel y su esposa?

—Sí, padre. Creo que las autoridades catearon a otros inculpados por la noche, pero los corregidores seguían en su casa. Quizá

no encontraron nada que los incrimine o Epigmenio no ha delatado a nadie.

—¿De acuerdo, señores? —dijo Hidalgo, recargando tranquilamente la espalda en el respaldo del asiento—. Tenemos tiempo para meditar y tomar decisiones correctas.

Llegaron Lupita y Vicenta sin ocultar su temor; habían escuchado la discusión desde la cocina y a Lupita, la menor, le temblaba la mano al servir el chocolate en tarros de barro.

—¿Ya ven? Han conseguido asustar a mis niñas. Estense tranquilas —les habló cariñoso—. Vayan a descansar; nosotros nos atendemos solos, pero antes díganle a Mateo que venga.

La discusión comenzó de inmediato. Allende sabía que, valiéndose solo del regimiento de dragones de la reina, cuyo cuartel central se ubicaba en San Miguel el Grande, no podrían enfrentarse a las fuerzas realistas. Al ser descubierta la conspiración en Querétaro, deberían olvidarse del apoyo de los regimientos de Querétaro y muy posiblemente de Guanajuato y Celaya, con los que contaban en un principio.

Mientras los otros discutían la mejor ruta para escapar al norte, don Miguel reflexionó sobre la situación: ciertamente el regimiento de Querétaro estaba perdido, pero, si actuaban con rapidez, contarían con los dragones de la reina de San Miguel el Grande. También pensó que al amanecer la plaza de Dolores estaría atiborrada de indios, mulatos y rancheros por ser domingo, día de mercado. Su mente era un torbellino de pensamientos cuando, llevado por un impulso irresistible, sin decir una sola palabra fue a su habitación y comenzó a vestirse ante la mirada curiosa de los otros, que le siguieron. Cuando apareció Mateo, sin dudarle un instante le ordenó que fuese en busca de los dos serenos del pueblo, José, el Ralleño, y Vicente Lobo, además de los artesanos alfareros, los peleteros y los carpinteros; que fuesen todos a su casa en ese mismo momento.

Se calzó las botas de montar y se puso de pie, con una seguridad que dejó pasmados a Allende y Aldama.

—¡Caballeros, estamos perdidos! —los arengó Allende con energía—. ¡Aquí no hay otro recurso que ir a coger gachupines!

Aldama, el más nervioso, protestó alarmado:

—¡Señor, qué va a hacer, por favor vea lo que hace!

Don Miguel tomó del hombro a Allende, quien se había tranquilizado al observar la entereza del sacerdote, vestido ahora como si fuese a cabalgar y no a officiar misa, y le dijo con una sonrisa:

—Ignacio, ahora mismo damos la voz de libertad.

La noche acumuló un torbellino de acontecimientos; el cura, preso de una energía que a él mismo sorprendía, no cesaba de girar órdenes ante los ojos expectantes de Allende, que sin darse cuenta reaccionaba como un subalterno y no como un jefe del mismo nivel que Hidalgo, según habían acordado en las juntas conspirativas.

Hidalgo, acostumbrado a mandar y administrar, tanto por sus labores en la parroquia como en sus industrias, dispuso lo necesario para accionar ante los embates del destino. Primero mandó reunir a unos quince hombres, sus más cercanos y fieles, entre ellos su hermano Mariano, al que llamaba Marianillo porque era diecisiete años menor y que por ser en extremo metódico le ayudaba con la contabilidad del curato y las haciendas. Hizo traer hondas y otras armas que tenían ocultas, tomó una imagen de la Virgen de Guadalupe y la colocó sobre un lienzo blanco; con ella en las manos habló a los reunidos en su casa:

—¿Recuerdan lo que juramos cuando decidimos liberar nuestra patria del mal gobierno? Pues ha llegado el momento de actuar... ¡Viva nuestra Señora de Guadalupe!

—¡Viva! —contestaron los hombres a coro, algunos temerosos pero la mayoría con verdadera pasión.

A continuación Hidalgo se dirigió al cuartel, seguido del contingente, donde se les unieron los pocos soldados del destacamento de plaza. Luego fueron a la cárcel para liberar a los cincuenta reos ahí ubicados y, finalmente, distribuyó a los hombres en diferentes grupos con la tarea de apresar a los gachupines del pueblo, sin importar que fuesen amigos o hubiese jugado cartas con ellos unas pocas horas antes.

Después fue a la casa de gobierno a tomar el cofre con monedas, y a los domicilios de los gachupines apresados para incautarles el dinero que tuviesen. «Una revolución no prospera solo con palabras y promesas», dijo a sus seguidores.